

Crisis económica: fase de consolidación fiscal

Manuel López Navarro
Doctor en Economía Aplicada Cuantitativa

Paradoja de la austeridad

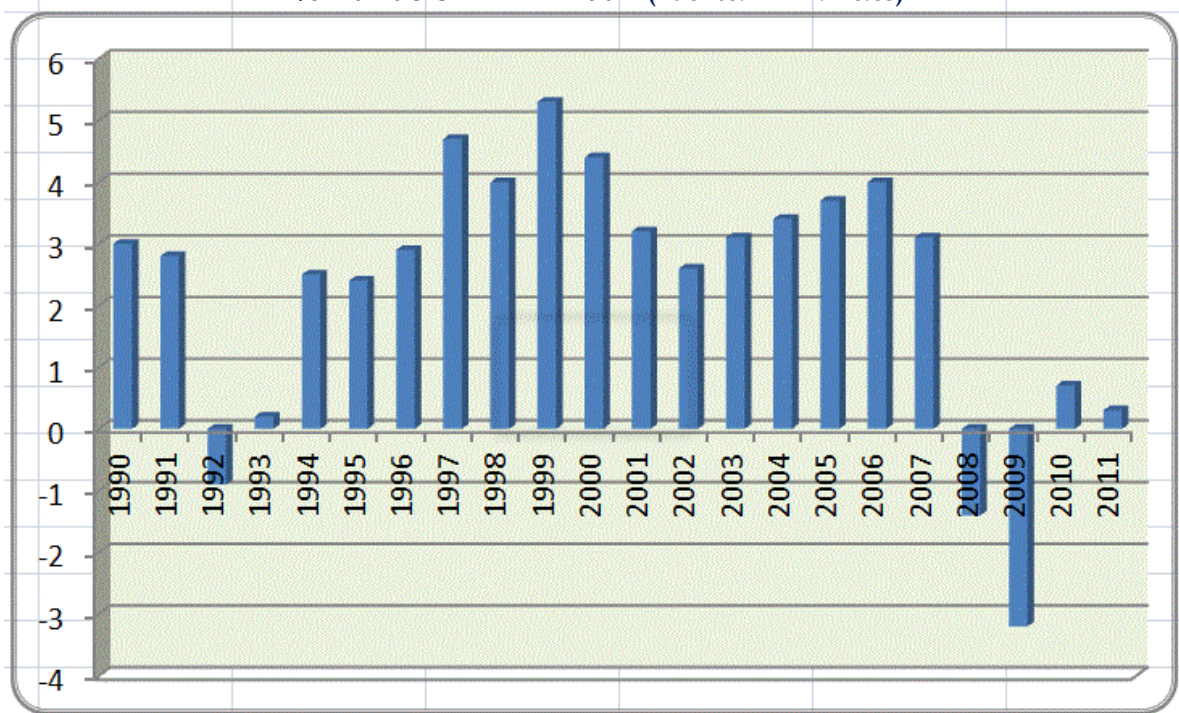
Aunque ahorrar es benéfico para un individuo, sin embargo si todos se ponen a ahorrar o gastan menos por miedo a la crisis, la disminución del gasto provocará que los negocios dejen de vender, las empresas busquen la manera de reducir sus costes, anulando inversiones, despidiendo empleados, con lo que la situación económica se deteriora, cae el consumo, y por consiguiente la producción, de forma que la menor demanda agregada llevará a una recesión económica.

Se dice que es una paradoja porque se contraponen al sentido común, incluso a la intuición colectiva, a lo que parece conveniente hacer ante una previsible crisis económica.

Su descubrimiento, o al menos su exposición como tal, se atribuye al economista John M. Keynes.

Hace ahora tres años publiqué en este mismo Sitio Web un artículo sobre la crisis económica, con mi personal visión, que se titulaba “Crisis económica: conocerla para no temerla (demasiado)” y que puede aún consultarse en la sección “Artículos” de esta Web. Padecíamos entonces el fragor del estallido de la burbuja inmobiliaria, pero nadie sospechaba la radiactividad de la crisis de la deuda pública, que se originó justo cuando sacábamos la cabeza para respirar.

% Variación PIB Anual (Fuente: www.ine.es)



Si observamos la evolución del PIB en España en las dos últimas décadas, vemos que salvo la crisis de 1992-93 hemos gozado años de esplendor económico hasta que estalló la burbuja inmobiliaria-financiera, en 2008. El año 2010 debía ser el inicio de otro floreciente período, pero los mercados se fijaron en los desequilibrios de Grecia, exigieron más altos intereses y ganaron con holgura, con lo cual ampliaron sus ataques a otros países, a cualquiera que mostrara alguna debilidad. Para disuadir a estos mercados depredadores había que poner en orden las cuentas: practicar la consolidación fiscal mediante una severa austeridad...

Tras la crisis económica de origen financiero, motivada a su vez por la burbuja inmobiliaria, fueron las caídas de ingresos, las ayudas estatales a los bancos, así como otras medidas estabilizadoras de la economía (ayudas a desempleados, fomento a la inversión...) las que dispararon los déficit públicos de los estados y, consiguientemente, sus deudas públicas se incrementaron notablemente.

Algunos altos niveles de déficit y deuda inspiraron la desconfianza de los mercados a la hora de adquirir o negociar nuevas emisiones de deuda o la deuda ya en circulación de algunos estados, singularmente Grecia fue el detonante por sus elevados desequilibrios. Esa desconfianza agrava la difícil situación, porque siendo necesaria la financiación a través de los mercados (que adquiere los bonos que emite el estado) al existir dudas sobre la solvencia del estado, se le exige, para comprar sus bonos, que pague un interés superior. Y una vez iniciado el proceso es un juego de cuanto más apuesto más gano, sin que tarde en llegar el contagio a otros países (Irlanda, Portugal, Italia, España,...) sumiendo a buena parte de la eurozona en una nueva versión de la crisis, la crisis de la deuda pública.

Ante ello había que mostrar serios compromisos de equilibrio fiscal, de reducción del déficit y de la deuda, aprobando sendas que demostraran la solvencia con toda credibilidad. Nada mejor para ello que un Pacto Fiscal que incluya en la legislación comunitaria, e interna de los países, la **consolidación fiscal** (déficit máximo del 0,5% del PIB o del 1% del PIB, según porcentajes de la deuda pública sobre el PIB). Y una velocidad de vértigo para reducir el alto déficit actual, austeridad a lo bruto, recortes del gasto público que tocan mucho más que la piel.

Hasta aquí **todo puede haber venido obligado** para los gobiernos de los países de buena parte de la zona euro, a los que se exige el cumplimiento de un deber no querido: la austeridad impuesta por los mercados. Y es un deber duro porque es una exigente austeridad que comportará la contracción económica, multiplicada por el hecho de que, asimismo, el grupo de países vecinos con el que se mantienen relaciones económicas también está implicado en la ingrata austeridad, y por tanto, también en bajas horas económicas (no pueden ayudarnos tirando de nuestras exportaciones). Todos juntos en la responsable tarea de aplicar en sus respectivos países la amarga medicina que se sabe un mal trago durante un tiempo pero que se espera suponga el remedio en un corto plazo para las ahora maltrechas economías, sentando bases para un mejor futuro, esa es la esperanza.

La cuestión importante es “**que todos debemos llegar a mañana**”. Cualesquiera que sean las medidas a tomar (las amargas medicinas) deben modularse de tal forma que no supongan el estrangulamiento fatal para nadie. Esta es la autonomía de los gobernantes. Pueden haberles impuesto la decisión de rebajar el déficit y en qué cuantía (el señorío de los mercados; la autoridad de Bruselas), pero cómo concretamente pertenece a cada gobierno y éstos deben tener la sensibilidad y el acierto de plantear recortes que afecten en poco a muchos, más a los que mejor pueden resistirlo, pero que no ahoguen a nadie.

El símil a visualizar aquí es el de una familia extensa que ha ido perdiendo ingresos y sus deudas creciendo preocupantemente hasta un punto en que apenas conseguiría un nuevo préstamo. Los padres plantean un plan de ahorro hasta salir del bache: reducirán en vacaciones (nada de salir fuera, ni varios días, incluso si pueden aprovechar para algún dinero extra,...), en ropa (sólo comprarán en rebajas, cantidades previamente asignadas para cada miembro familiar), en alimentación (se sustituirán algunos productos más caros por otros, se comprarán packs más baratos, en autoservicios de precios bajos...), en consumo eléctrico (luces, estufas, aire acondicionado,...) en salidas a bares y restaurantes (restringidas a algún evento que pueda permitirse) y en todo otro gasto superfluo que queda anulado (juegos de azar, entradas de fútbol, asistencia a conciertos, gimnasio de los niños, suscripción al periódico del padre, etc.) lo que no se va a hacer es ni suprimir el gasto en insulina de la abuela, ni el gasto en libros del colegio del hijo menor, porque entonces **“todos no llegarían a mañana”**.

Esto es lo que, en mi opinión, deben aplicar los gobernantes, ser conscientes de que con algunas medidas está ahogando en el presente, o cerrando en el futuro, a parte de los ciudadanos que no tienen recursos para afrontar los recortes, mientras que otros, más acaudalados, aplauden la dureza de la austeridad, porque ni se ven afectados ni les importa pasar por encima de los cadáveres que van quedando en el camino. El buen administrador seguro que encuentra partidas más accesorias, menos fundamentales, para aplicar recortes. Y aunque sea político, debe actuar ahora principalmente como administrador, más economista que político, nada de regalías por aquí y por allí, nada de subvenciones para contentar a cada alcalde de su partido, nada de obras para aparentar, en definitiva, rigor de economista versus “regalitos indiscriminados para quedar bien con todos del político”

En mi anterior artículo de marzo de 2009 terminaba diciendo que la crisis que debíamos superar era la de la productividad, para ser competitivos con los países de nuestro entorno. Si decimos que los últimos datos comparativos de productividad (valor añadido bruto por ocupado) que figuran en la Web del INE, al menos de libre acceso, son de 2007, pocas conclusiones podemos presentar, pero los datos de prensa y estudios indican que no estamos en la buena dirección, lo cual hará que cuando terminen los ajustes y alcancemos el equilibrio, éste se producirá a un menor nivel de salarios y algo menor de precios. Habrá que pensar que empezaremos a crecer desde un nivel más bajo, que partiremos desde unos salarios de hace 5 o 7 años, y unos precios que pueden caer sólo un poco, por los componentes internos pero no por los externos, algo así como lo que sucedía antes, cuando dueños de la peseta, el gobierno devaluaba la moneda y caíamos en valor adquisitivo varios años atrás. Pese a todo, la adopción del euro sigue siendo un éxito, no hay que confundir una buena máquina con un mal funcionamiento puntual, quizás porque alguien no la ha manejado adecuadamente...

Cádiz, marzo de 2012